

ENRIQUE KRAUZE

ENSAYISTA LIBERAL

POR UNA DEMOCRACIA SIN ADJETIVOS

1982-1996

*El timón y la tormenta · Por una democracia sin adjetivos
De pirámides y arquetipos · Y el prinosaurio sigue ahí
Los obreros y el poder · La hora del norte
Chihuahua, ida y vuelta · Oráculo de Tocqueville
Entre Adam Smith y Ahuizotl · Los idus de marzo
Diez imprecisiones sobre la cuestión indígena · y otros ensayos*

El lector, sobre todo el lector joven, no encontrará ditirambos al poder. Mi objetivo no era destruir el poder. «El anarquismo —dijo Borges— es el régimen perfecto, pero no lo merecemos.» Yo coincido con él. Por eso, mi objetivo era acotar al poder, criticarlo, exhibirlo, llamarlo a cuentas. No el ideario anarquista: el ideario liberal.

DEBATE

El timón y la tormenta

México vive una de las crisis económicas más severas de su historia. No es, por supuesto, la primera vez que estamos en un brete, y recordarlo no deja de ser un consuelo. Hay en la memoria una moraleja implícita: si salimos de aquéllas, saldremos de ésta. En 1882, presionado por la caída de los precios de la plata, el presidente Manuel González puso en circulación la fugaz moneda de níquel, lo que provocó la suspicacia pública, le acarreó la impopularidad y por poco le cuesta la vida. En 1907, Limantour sorteó a medias una crisis financiera de tal magnitud que algunos historiadores la consideran un antecedente fundamental de la Revolución. Entre 1913 y 1916 se dieron en México hechos que recuerdan un poco los de estos últimos meses: fuga de divisas a cuentas en Estados Unidos, devaluación vertiginosa de la moneda (el «bilimbique»), alza en los precios de los productos básicos, incautación bancaria. Las razones de urgencia ante la aguda crisis nacional que adujo Luis Cabrera contra los representantes del antiguo régimen bancario parecen prodigiosamente actuales: «Lo que hizo el gobierno del presidente Carranza lo hubiera hecho cualquier gobierno del mundo en similares circunstancias».

Un suceso análogo más cercano ocurrió en 1926. Llegaba a su fin el quinquenio de la abundancia. La obra de la Secretaría de Educación, orgullo del régimen, se había realizado, en buena medida, con los ingresos petroleros de 1921. Todos los renglones de la economía marchaban de modo ascendente. Calles se propuso entonces cambiar la faz del país en cuatro años y orquestó una suerte de NEP mexicana: funda

el Banco de México, el Banco de Crédito Agrícola, la Comisión Nacional de Caminos y la de Irrigación, Escuelas Centrales Agrícolas, etc. Por desgracia, factores externos —como la baja de los ingresos petroleros y argentíferos— detienen el ambicioso, aunque no desmesurado, plan que habían llevado a cabo Calles, Pani y Gómez Morín. De pronto, el país entra en una crisis de la que no saldrá cabalmente sino hasta el New Deal: bracerismo, desempleo, cierre de empresas, paros, huelgas, moratoria en la deuda externa. Mientras las relaciones con Estados Unidos llegan al borde de la ruptura, Calles desata la Guerra Cristera. En 1928, Dwight Morrow aparece para arreglar *the small business* (México). Nuestra relativa autarquía nos defiende un tanto del derrumbe de 1929 pero la depresión persiste, con matices, hasta que en 1933 nos levanta el repunte de la plata.

La era del patrón oro no terminó con las convulsiones. Cárdenas mantuvo el peso sobrevaluado y financió buena parte de su programa social mediante el famoso sobregiro contra el Banco de México. A raíz de la expropiación petrolera sufrimos inflación, fuga creciente de divisas y una disminución de las reservas hasta que, oportunamente, la Segunda Guerra Mundial nos rescató de la crisis. En 1946, Alemán introdujo un ambicioso plan de inversiones públicas que casi duplica el gasto entre 1946 y 1948. Como ahora, la cara oscura del crecimiento fue la reducción en la reserva, la fuga de capitales y la devaluación. Los años 1954 y 1976 son los dos capítulos siguientes en la historia de un problema esencial: gastar el dinero que no se tiene. De cada crisis nos ha rescatado, en cierta medida, el azar: el petróleo, en 1921; la plata, en 1933; la guerra, en 1939. En 1976 el petróleo parecía, de nueva cuenta, la salvación, pero esta vez la salvación definitiva: era ahora nuestro pasaporte seguro a la modernidad.

Todas estas encrucijadas fueron, en su momento, graves y riesgosas, tanto como la actual en términos relativos internos, aunque quizá no en términos cualitativos y absolutos. Por primera vez, la crisis mexicana se inscribe profundamente en el entramado internacional al grado de hacer temblar a los bancos más importantes del mundo. Y por primera vez, a pesar de nuestra importante renta petrolera, los números son espeluznantes: una devaluación de 22 a 70 pesos por dólar en

seis meses y una inflación que pasará de 15% en 1973 a un posible —y temible— 100% este año. La deuda estimada supera los 80 millones de dólares y es —todos lo sabemos— la más alta del mundo. En fin, en 1981 nuestro crecimiento había alcanzado 9%; en 1982 será nulo. Pero lo decisivo es que también, por primera vez en nuestra historia, alguien más importante que el Fondo Monetario Internacional parece habernos cerrado el crédito: la Providencia. Estamos obligados a buscar en nosotros mismos, por nosotros mismos, la solución de nuestra crisis.

Es imposible saber ahora si las decisiones anunciadas el 10 de septiembre serán la palanca que el país requiere para superar la crisis económica. Pero lo cierto es que la exaltación, los momentos de solidaridad, los instantes en que la fe encarna, pueden empañar el examen lúcido del problema en sus raíces, desarrollo y consecuencias. Hay muchos ejemplos históricos en los que el fervor oprime la inteligencia. Uno entre muchos: en la República de Weimar, en 1922, el celo nacionalista ocultó, con enormes costos, la dimensión verdadera de la bancarrota económica. De ahí que sea necesario, para pensar la crisis, hacer una distinción fundamental y dividirla en dos etapas: antes y después de la exaltación, antes y después del 10 de septiembre. La mejor guía es el propio Informe: fue el método que empleó el presidente para explicar, primero, su versión de la historia y después para variar su cauce.

Legítima defensa

«Soy responsable del timón pero no de la tormenta», dijo el presidente López Portillo. Su Informe fue la bitácora de un timonel que no admite su parte en el naufragio, y que atribuye las desgracias a los ingobernables elementos y al motín de los «sacadólares». La caída del precio del petróleo y el incremento en las tasas de interés fueron factores determinantes en el problema. Pudo haber agregado uno: la manga ancha de la banca internacional. Por otra parte, la ira apenas contenida con que el presidente reveló las cifras de la fuga de capitales

no podía estar más justificada: 14 000 millones de dólares en cuentas al extranjero; 30 000 millones en propiedades inmuebles, de los cuales 8 500 son por concepto de enganches. Si a esas sumas se adicionan 12 000 millones de mex-dólares, se alcanzan las dos terceras partes de la deuda política. Aunque este motín —cosa que se olvida— no tuvo conexión directa ni causal con la deuda, fue un capítulo lamentable. Lo que México vivió este sexenio no fue un saqueo: fue una deserción nacional.

Igualmente razonable fue su exposición de la cara positiva de su periodo. Algún día, si los mexicanos logramos construir la democracia a la que mayoritariamente aspiramos, quizá López Portillo será recordado como el presidente de la reforma política. A diferencia de sus dos antecesores, deja su cargo con las manos limpias de sangre. No habrá fechas de muerte en su calendario: ni 2 de octubre ni 10 de junio. No se olvidarán tampoco los aspectos positivos de su gestión económica y social, cifras y datos alentadores: primaria para todos los niños, expansión en los servicios médicos, dotación de agua, energía, transporte público, 4 258 000 nuevos empleos, incremento de 60% en la producción de granos y oleaginosas (Sistema Alimentario Mexicano).

La política económica del régimen —dijo el presidente— empleó el ingreso petrolero para acelerar el ritmo de nuestro desarrollo: no crecer entonces —afirmó— habría sido una cobardía, una estupidez; no había otro modo de cimentar con celeridad nuestra planta industrial y acrecentar el empleo; el tiempo histórico no ha sido propicio para México: había que remontarlo. Ahora —dijo— gracias a este plan totalizador «tenemos infraestructura, tenemos capacidad organizada y un lugar preponderante en el mercado comercial y financiero del mundo». Y crecimos a una tasa 60% superior al promedio mundial, 20% más alta que la media de los países subdesarrollados y del doble en relación con el Primer Mundo. En el discurso presidencial, la inversión y el crecimiento no sólo aparecen como la cara positiva de la crisis sino como una realidad que, en cierto modo y en un nivel histórico más amplio, la desmienten.

Aun sin compartir las premisas del presidente, hay que aceptar que si el proyecto fracasó no fue por un manejo a espaldas del públi-

co. No fueron muchas las voces que se unieron a Heberto Castillo en sus lúgubres y continuas premoniciones. En la prensa, en las Cámaras, en coloquios y mesas redondas, en las Ligas y Colegios Profesionales, en corrillos y cafés, tirios y troyanos, izquierdas y derechas incurrieron, en mayor o menor medida, en la típica psicología petrolera, la «petromanía». Las cifras, los pronósticos, las reservas y hasta el cuadro internacional eran propicios. La ruleta de la historia apuntaba hacia México. Ser prudente o desconfiado parecía entonces —como todavía le parece al presidente— signo de cobardía y torpeza. Todos fuimos víctimas o cómplices de la alucinación y esto atenúa en parte la responsabilidad del timonel. El proyecto petrolero pudo ser o no —a mi juicio lo fue— un error histórico, pero el presidente lo adoptó y ejerció abierta y consistentemente con sus fines declarados.

El motín de los meteco

Hay otra pálida vertiente de justificación que López Portillo no empleó. No es un argumento político sino psicológico y cultural: el presidente no pudo haber previsto la sumisión de un importante sector de nuestra burguesía pública y privada a la voluntad de Estados Unidos.

Un vistazo a su biografía aclara muchas cosas. López Portillo proviene de una vieja familia criolla, arraigada en la tradición española, ajena y recelosa del mundo sajón. Pertenece a una generación que nace después de la Revolución y su despertar político ocurre durante el cardenismo. Éstas son sus circunstancias y su horizonte. Esta situación explica su temple crítico y su nostalgia revolucionaria. El México de su juventud es un México hosco, cerrado y orgulloso. La camada de López Portillo admira fervorosamente a los muralistas, simpatiza con el lombardismo, lee con avidez la novela de la Revolución mexicana y mira con recelo cualquier elitismo o cosmopolitismo artístico o cultural. Viven en un museo de figuras revolucionarias, pero en un museo viviente. Consideran reaccionario el trabajo técnico de la generación de 1915 y la ven como herencia del callismo. Conciben la etapa

cardenista como una vuelta al origen de la Revolución. Aislados por la guerra, la incuria o el simple desinterés, no miran a Europa ni a Estados Unidos. Su ideal de viajeros es la América hispánica —de ahí el célebre viaje de Echeverría y López Portillo a Chile—. La inmigración española los influye, pero no tanto como a otras generaciones más jóvenes. López Portillo se acerca a Manuel Pedroso y, según ha explicado varias veces, se vuelve hegeliano. Nada de esto le hace perder el horizonte mexicano y cardenista. Los más jóvenes, los que lo seguían en la Facultad de Derecho, menos marcados por el cardenismo que por la segunda guerra, se vincularán de modo más abierto y cosmopolita con los transterrados españoles, y terminarán por configurar su temple e ideología en el París de 1950.

Este superficial bosquejo explica, quizá, el desencuentro múltiple y natural de este criollo mexicano y cardenista con el *American way of life*. Es el presidente que restablece los vínculos diplomáticos con España, el autor de un Quetzalcóatl, el primer mandatario que vindica a Cortés y a la Malinche en un Informe presidencial. Se comprende la rabia y el desprecio que —como todo mexicano con un mínimo sentido de solidaridad y raigambre— debió de sentir ante la dolarización cultural del país. Hay un capítulo divertido y doloroso en *La tormenta* de José Vasconcelos, «Metecos en Yankeelandia», que retrata puntualmente la actitud de miles de mexicanos en este sexenio. Estoy seguro de que López Portillo lo habría hecho suyo:

Los atenienses crearon la palabra *meteco* para designar a todo género de coloniales y extranjeros que llegaban a la metrópoli a sumarse a sus costumbres, imitar sus gustos, pero sin producir valor alguno original que pudiese enriquecer la cultura.

A toda la multitud de políticos ladrones, funcionarios sin escrúpulos y aun ricachones ingenuos de distintas partes de México [...] se les veía en los lugares más costosos, haciendo papel de primos, compartiendo las extravagancias más vulgares a fin de parecer enterados y muy convencidos de que se daban la gran vida, porque en la fonda más cara les servían —según criterio de tamaño— aceitunas gruesas e insípidas, o rebanadas de tomate, enormes, pero con un mal aceite de comer, al lado. Y todo

engullido con tragos de gusto estrambótico; café con leche «helado» o té con hielo.

El meteco de Europa, el rastacuero, aprende por lo menos a comer. Y es raro que se deje engañar en materia de vinos; se civiliza exteriormente. Nuestros metecos de Yankeelandia se descivilizan porque todo el refinamiento que podían adquirir en ciudades cultas como Guadalajara o México, se les vuelve ritmo de jazz y gesto de danza negroide así que han pasado un par de meses en los bailaderos de California. Pedirá el meteco un vino caro, porque ve que es caro, pero no tiene preparado el gusto para gozarlo; esa preparación se obtiene a través de una vida metódica, intensa, civilizada.

Y es que su temperamento no es de señor que ante todo procura asegurarse soberanía, protegerse la dignidad, sino de siervo.

Vasconcelos se refería a unos cuantos, mientras que López Portillo podría señalar unas cuantas decenas de miles. La frase perfecta la oí alguna vez de la amiga de una amiga mía:

—¿Por qué tienes casa en El Paso?

—Por si el país te falla.

Como muchos otros mexicanos de pasaporte que viajaban a Houston semanalmente y consumían desde la pasta de dientes hasta el abrigo de *mink* en Estados Unidos, que querían ser norteamericanos en todo menos en el origen de sus fortunas, esta señora quizá ahora entienda el riesgo de fallarle a un país. El juego era muy cómodo: vivir entre México y Estados Unidos, con las ventajas de ambos países y sin sus desventajas.

Cada mexicano tuvo la alternativa ética de apostar por el país. Esta opción otorga un margen de justificación al timonel. Un margen, nada más. La política económica de un país no puede fincarse en la psicología de un presidente. Al regalar prácticamente dólares, el régimen propició el motín. Bastaba el ajuste de paridad y su desconexión del índice de precios para evitar que Yankeelandia fuese negocio. Los metecos no atentan contra su propio bolsillo.

Faraonismo petrolero

«Soy el pararrayos, y está bien», dijo alguna vez López Portillo, admitiendo tácitamente su parte de culpa. Esta sinceridad, que por momentos llegó a ser una frase autolesiva, pudo provocar un vado de poder, sin embargo, llegó a granjearle la simpatía popular al presidente. El Informe, por el contrario, fue un despliegue de autoafirmación: «No hemos pecado —dijo categórico— ni como gobierno ni como país, y no tenemos por qué hacer actos de contrición». Sus lágrimas hicieron ese acto de contrición por él. No hubo en todo el Informe una frase autocrítica. Una admisión generosa, valiente, segura de que los errores del timonel eran la alternativa humana, quizá no política. Pero valía la pena intentarla.

No es posible tapar el sol con un dedo. El gobierno carga con una gran responsabilidad histórica en esta crisis. A las causas externas e internas que con precisión y justicia apuntó el presidente, habría que agregar la mala planeación económica. Era natural, si se quiere, que el gobierno se negara a seguir, al pie de la letra, las voces disonantes; no lo era el recoger, siquiera en parte, las ideas de quienes lo criticaban, e introducir un adarme de sobriedad y medida en su proyecto. Más grave fue el desatender los ejemplos internacionales que anunciaban los peligros. En el desastre iraní se vio más la locura de las huestes de Alá que la reacción contra la corrupta y deforme modernización que petrolizó el sha. Por algunos expertos mexicanos se sabía que Noruega —país con una larga tradición democrática y un manejo eficiente de su economía— padecía graves trastornos causados por el banquete del petróleo: inflación de dos dígitos, caída de las exportaciones manufactureras, etcétera. Se conocía el caso de Nigeria y Argelia. Se insistió, no sin soberbia, que México evitaría la «venezolanización». México, pensaron los planificadores, sería la excepción. Aquí no habría intoxicación monetaria. En el sexenio de la planificación, la historia los desmintió.

Hay cuando menos cuatro críticas generales que se pueden hacer al plan totalizador de López Portillo: la improductividad de las inversiones, su origen crediticio, el ritmo con que se ejercieron y el rubro al que se aplicaron. El plan y el Informe comparten un fetichismo de

la inversión y el crecimiento como fines en sí mismos. Es obvio que crecer, invertir y emplear son metas deseables, pero el problema es cualitativo: cómo, a qué precio, para qué.

La productividad no es un criterio que se utilice comúnmente. Debería serlo. La fe proverbial en lo grande, en lo piramidal, en lo gigantesco, se detiene poco o nada en la rentabilidad. ¿Cómo está el flujo de caja en esos barriles sin fondo que son Pemex y la Comisión Federal de Electricidad? Deuda para extraer petróleo, para pagar la deuda, para extraer petróleo... El hecho de que las inversiones sean tangibles y se queden en México es un buen criterio de terratenientes, no de administradores. Había alternativas de inversión distintas y mucho más productivas.

Si el gasto público se financia con impuestos no es necesariamente inflacionario. Este régimen hizo una apuesta temeraria: escogió financiarse con deuda externa y basó sus presupuestos en el *boom* petrolero. Cometió exactamente el mismo error que el grupo industrial Alfa, de Monterrey. Como se sabe, alentados por la Alianza para la Producción, los empresarios regiomontanos comenzaron a comprar empresas al por mayor. No discriminaban. Adquirían fábricas de cuchillos, empacadoras, plásticos... Su límite era la Sección Amarilla del Directorio. Pagaban generosamente, sin demasiado regateo. Para administrar las fábricas contrataron cientos (o miles) de especialistas graduados en universidades norteamericanas, dueños de un currículo vasto y una experiencia nula. Los anticuados empresarios familiares cedían el paso a «una nueva generación» de tecnócratas con sueldos y oficinas portentosos. El dinero para la construcción de la enorme pirámide venía de bancos extranjeros. De pronto, el gran emporio se vino abajo. ¿Las pérfidas tasas de interés? No: la simple y llana improductividad. La desmesura. La Alianza para la Producción fue una alianza de faraones.

Otro rasgo criticable fue la celeridad, las marchas forzadas. En 1976 había alguna justificación para crecer con inflación. El riesgo del estancamiento era demasiado alto. Pero hay un mundo de diferencia entre crecer a 6 o a 8 por ciento. Lo que es razonable a un ritmo puede ser desquiciante a otro. El gasoducto fue un caso típico. Terminó haciéndose sin orden ni concierto, con enormes distorsiones y con

importaciones costosas. En general, no fueron pocas las voces que, desde distintas posiciones, aconsejaron al presidente disminuir el sobre-calentamiento de la economía. Nunca las escuchó a pesar de que su propio plan preveía un periodo de consolidación.

El «pero» mayor es el destino de la inversión. ¿Por qué no se pensó en canalizarla, siquiera en parte, hacia el México pobre, con una oferta pertinente a sus necesidades o incluso premiándolo con dinero en efectivo? ¿Qué gana el México marginal con el crecimiento de las inversiones gubernamentales en Laguna Verde? Gana una redención futura, simbólica y quizá imposible.

Toda una corriente internacional de economistas y ecologistas sostiene desde hace tiempo la necesidad de replantear las premisas culturales y antropológicas de la planeación económica. Pero en México, fuera del importante libro de Gabriel Zaid, *El progreso improductivo*, y de algunas ideas de Leopoldo Solís y Enrique González Pedrero, la vía sigue siendo el crecimiento triunfalista del sector moderno que, con el corazón en la mano, espera que el sector tradicional lo alcance. El proyecto de López Portillo incluía: ferrocarriles, acero, energía nuclear, petróleo, petroquímica. La modernización total de un sexenio. Nunca se pensó en el destroz ecológico, por ejemplo; el dramático trastorno ocurrido en Tabasco.

El régimen incurrió también en golpes de timón inadecuados. ¿Por qué no introdujo, de tiempo atrás, un mayor deslizamiento en la moneda? Si una premisa fundamental del plan era el precio del petróleo, ¿por qué, si éste se modificó, no se modificó el plan? ¿Por qué no se cerraron las grandes tiendas de autoservicio que no distinguían entre la paridad y el índice de precios? ¿Por qué, sobre todo, no se detuvo a tiempo la hemorragia de los dólares? ¿Por qué se tomó «sobre las rodillas» la decisión del 30-20-10?

Curiosas devaluaciones del régimen. Devaluaciones desvirtuadas. Devaluaciones-reevaluaciones. En Francia, Mitterrand devalúa 10% el franco, y arriesga su gestión y su futuro. En Estados Unidos, Reagan se rinde a los legisladores que lo obligan a modificar su política fiscal. Pero en México, donde una función primordial del «Poder» Legislativo es controlar el gasto público, no hay quien limite al Ejecutivo. La Revolu-

ción hecha gobierno no puede aceptar derrotas: ni un presidente municipal de la oposición ni un capricho de la ley de la oferta y la demanda.

Olvido del otro México

Desde cierta altura todas las pirámides del mundo, incluso las de Keops y Marina Nacional, parecen «minucias». No lo son. En esto, López Portillo resultó más discípulo de Alemán que de Cárdenas. Instintivamente si se quiere, no sin ambigüedad o contradicción. Cárdenas quiso un México justo, plural, apegado a la tierra y a sus frutos, un país de individuos dignos. Alemán prohibió la meta de un país urbano, progresista, industrial, cosmopolita y, sobre todo, triunfalista. Como presidente, Cárdenas vivió entre dos extremos: el alma en el terruño, la mente y la lucha en la ciudad. Pero su ideal profundo era quizá el de un país como el que en 1940 pintó Gonzalo Robles: «Modesto pero equilibrado, sano y feliz, que viviera por tercias partes de su agricultura, de su industria y de su minería».

El gran vuelco de la historia mexicana, la verdadera pérdida del paso, ocurrió en 1946. En ese año México comenzó a desandar. Nadie como Frank Tannenbaum entendió la apuesta equivocada de aquel régimen, la creación de una casta —una alianza— urbana de empresarios, burócratas y —hay que decirlo— obreros, que prosperarían a costa del México rural. Sus ideas fueron anatematizadas por derechas e izquierdas. Pero este amigo de Cárdenas, que amó, recorrió y estudió México como muy pocos mexicanos, tenía buena parte de razón. Al propio Cárdenas le faltó claridad para ver la contradicción entre los dos Méxicos. Su largo silencio habla, quizá, más de su perplejidad intelectual que de su prudencia política. Pero su filosofía moral es la que Tannenbaum resume en las siguientes líneas, publicadas en plena borrachera neoporfirista (1950), una filosofía ajena a todos los presidentes desde Alemán hasta López Portillo:

Excepto los artículos industriales a bajo precio, vestidos, zapatos, herramientas y servicios, las cosas que la ciudad tiene que ofrecer son de poca importancia para las gentes del campo.

Económicamente, el abismo entre la población urbana y la rural continúa abierto, y acaso el problema es tan serio como era antes, aunque se halla encubierto por el esfuerzo general de reconstrucción del programa revolucionario. Vendrá un día, sin embargo, en que la revolución estará superada y el cisma interno se revelará con claridad y seguirá siendo tan irremediable en sustancia como antes era.

El programa propuesto, de una inversión a gran escala para equipo de capital, como base para el desarrollo de una sociedad industrial, sólo puede realizarse sobre la hipótesis de un gravamen de costo mayor que el que el país puede soportar. Si el gobierno mexicano desea confrontar el problema básico —el de encontrar medios de vida para su población rápidamente creciente— tendrá que arbitrar un programa alternativo, más en consonancia con las realidades mexicanas; un programa que pueda llevarse a cabo con mayor libertad y menor dependencia que la exigida por préstamos e inversiones extranjeras.

Reconozco que ello puede dar la impresión de una política de desesperanza, pero a menos que se ponga en juego un programa alternativo de esa naturaleza, las condiciones en México pueden ser lamentables de aquí a una generación. Muchos mexicanos y algunos, aunque no todos, economistas profesionales rechazarían esta conclusión. Sería infinitamente mejor para México, sin embargo, que volviera sus ojos a Suiza o Dinamarca, como modelo, más bien que a Estados Unidos y tratase de hallar la solución, sobre una base local, parroquial, en miles de pequeñas comunidades adaptando a ellas todo cuanto la ciencia y la técnica moderna pueden ofrecer para que puedan satisfacer las necesidades de una pequeña colectividad, sin hacerlas cada vez más dependientes de un mercado nacional. No constituye ventaja alguna inundar estas pequeñas localidades con productos deficientes, de manufacturas que trabajan a elevado costo, cuando pueden hacer la mayor parte de las cosas que necesitan en sus propios pueblos y en los de las cercanías, con sus propias manos, con sus propias técnicas, y hacer productos sólidos, hermosos y útiles. Nada se consigue destruyendo la comunidad rural mexicana. Es la cosa mejor que México posee; allí está su fortaleza y su resistencia. La Revolución probó hasta la saciedad dicho aserto.

Lo que México necesita es enriquecer sus comunidades locales para lograr una producción agrícola cada vez más amplia, y aumentar la variedad y calidad de los bienes producidos por las artesanías locales, en cantidad suficiente para las necesidades domésticas y, además, para la exportación. México necesita realmente una filosofía de cosas pequeñas. La escuela rural mexicana fue eso en sus principios, y sobre tales cimientos deben continuar levantándose las nuevas estructuras.

Yo mismo tengo que confesar con pena que México ha perdido en gran parte el entusiasmo y la fe; el país está invadido por una tónica de cinismo, especialmente en las ciudades, donde tiene que arrancar el impulso primero para un programa de esta naturaleza. La gente de las ciudades, especialmente en la capital de México, y en particular los empleados del gobierno que viven en ella, querrían hacer las cosas de otro modo. Pretenden hacer grandes planes, conseguir enormes sumas de capital extranjero, organizar grandes industrias, descubrir la fórmula mágica que conduzca a la industrialización y tener una economía nacional servida por un mercado nacional a cualquier costo, aunque en lo íntimo de sus corazones sospechen que esto es, en lo fundamental, un sueño, imposible de realizar por la falta de adecuados recursos. Pero el afán de grandezas les ha invadido, y quieren copiar y hacer planes para lo imposible, aunque el México amado por ellos se sacrifique a su noción de progreso.

Nada hay en esta propuesta que venga a negar la necesidad y la posibilidad del desarrollo industrial en México. La extensión y el carácter de semejante expansión económica sólo pueden ser revelados, sin embargo, por el tiempo y por la experiencia. Un sistema industrial es un problema de crecimiento, y no puede improvisarse. Sólo la experiencia mostrará lo que puede hacerse en un país con recursos limitados, capital insuficiente, falta de experiencia industrial y del sexto sentido que sólo viene con el tiempo, para no referirnos a los inconvenientes que encierra una población cuyas tradiciones, hábitos y actitudes distan mucho, psicológicamente hablando, de los de mano de obra manufacturera. Queda por probar que todos estos obstáculos pueden ser superados de la noche a la mañana por la intervención del gobierno, y también que dicha intervención no será en sí misma un impedimento para la rápida industrialización de México. No se trata de argüir aquí contra la política actual. Nos

limitamos a señalar el hecho de que su virtualidad está en tela de juicio, y su eficiencia tiene que probarse. Aunque lo logre, aun suponiendo las mejores condiciones, no podrán o no querrán atender las necesidades generales del país si se persigue el logro de un industrialismo en el sentido de crear un gran mercado interno y una gran industria de exportación. Si se procediera juiciosamente, la industria mexicana sería aceptada como suplemento de una economía agrícola, y el acento descansaría sobre la energía maravillosa y la capacidad cohesiva de la comunidad rural. Se usaría la colectividad del campo en su plena extensión, vigorizándola con la técnica y la destreza de la ciencia moderna en su aplicación a pequeños sectores. México, estoy convencido, puede alcanzar su desarrollo cultural y económico más pleno sólo adoptando una política consustancial a su verdadero genio: el robustecimiento de la comunidad local. Cualquier plan que destruya la vitalidad de la comunidad rural mexicana tendrá trágicas consecuencias y repetirá el caso de los tugurios de la primera época industrialista, sin cumplir la promesa de una producción incrementada que procure ocupación y sustento a los cincuenta o sesenta millones de mexicanos que habrá a fines de siglo si continúa el ritmo actual de crecimiento demográfico, como probablemente ocurrirá durante las dos generaciones inmediatas.

Hasta aquí Tannenbaum. No se ha cumplido aún enteramente su profecía. Todavía no se escribe la última palabra sobre nuestra difícil industrialización. Quizá Tannenbaum fue demasiado pesimista. Quizá nazca un nuevo impulso de actividad en el empresario privado y público que nos permita dar el gran paso adelante. Creo que el consejo de equilibrio, pertinencia, coherencia y sobriedad de Tannenbaum sigue vigente y es el que pide la mayoría del pueblo mexicano. El alemanismo y sus sucedáneos históricos corregidos —ya sean de izquierda o derecha— comparten dos cosas: una fe absoluta en el «progreso» y una absoluta incapacidad de poder ofrecerlo al México rural, al México antiguo que no tiene representantes sindicales, cuentas de ahorros, hipotecas bancarias, al México no piramidado. Como todos los regímenes a partir de 1940, el de López Portillo ha tenido poco que ofrecer al México marginal además de perdón y lágrimas.

POR UNA DEMOCRACIA SIN ADJETIVOS

ENSAYISTA LIBERAL

«Enrique Krauze es un historiador demasiado bueno como para ponerse a profetizar. Pero sabe mejor que nadie que una de las lecciones de la historia mexicana es que el cambio siempre ha sido precedido por un derramamiento de sangre. Recuérdense la Revolución de 1910-1920, las guerras civiles del siglo XIX, la guerra de Independencia y (¿por qué no?) la conquista española en 1520-1521. No obstante, se permite imaginar un final feliz a la tormentosa aventura mexicana con el poder.»

—HUGH THOMAS

«Krauze posee un raro y atractivo talento para advertir las diferentes maneras en que, bajo el brillante sol de la imaginación, convergen a veces el reino de la política y el reino de la literatura.»

—PAUL BERMAN

ISBN 978-607-314-612-8



9 786073 146128

www.megustaleer.com.mx

 /megustaleermexico

 @megustaleermex